que recibian sus tropas de las azoteas, como para obligar á los enemigos á ceder á sus proposiciones; llevó á cabo su plan, hizo nuevas entradas con grave riesgo hasta de su persona, y hubo momento en el que el grueso de sus tropas tuvo que huir varias veces, para sustraerse al furor de los Mejicanos.

En estas entradas se hicieron célebres algunas mujeres Españolas, que con los males que sufrian y los ejemplos de valor que tenian á la vista, habian llegado á ser buenos soldados. Hacian la guardia, marchaban con sus maridos, armadas de corazas de algodon, espada y rodela, y se arrojaban intrépidamente á los enemigos.

El 24 de Julio se hizo otra entrada en la ciudad, los Españoles se apoderaron del camino que unia el de Iztapalapan con el de Tlacopan; así es que quedaron en comunicacion los campamentos de Cortés y de Alvarado. En aquel dia, tres cuartas partes de la ciudad quedaron en poder de los Españoles, y los sitiados se reconcentraron en Tlatelolco.

Por una Mejicana prisionera supo Cortés el miserable estado de la ciudad, la penuria de víveres y la discordia que reinaba entre los habitantes; pues el rey, sus parientes y una parte de la nobleza, estaban decididos á morir ántes que ceder, pero el pueblo estaba desanimado y cansado del asedio. Estas noticias decidieron á Cortés á no dejar pasar un dia sin hacer una entrada, hasta reducir á la ciudad ó destruirla. El dia 25 con su ejército se apoderó de una larga calle, en la que habia un foso tan ancho, que para llenarlo se empleó todo el dia, mientras tanto los aliados demolian las casas de una y otra acera, no obstante las hostilidades de los Mejicanos. Estos, viendo á los aliados tan afanados en la destruccion, les gritaban: «Arruinad esas casas traidores, que pronto tendreis el trabajo de reedificarlas.» A lo que los aliados respondian: «Así lo haremos, si salis vencedores, pero mas probable es que vosotros las alzeis de nuevo, para que se alojen vuestros enemigos.» Los Mejicanos construyeron en las calles unas pequeñas fortificaciones de madera, para reemplazar las azoteas, llenaron la plaza de guijarros, para estorbar las maniobras de la caballería; mas los aliados sacaron partido de la estratagema, pues con los guijarros llenaron los fosos.

Alvarado, por su parte, avanzaba cada vez más hácia la ciudad, hasta apoderarse de dos torres próximas al palacio en que residia Quauhtemotzin, mas no pudo avanzar tanto como deseaba, por los fosos, y por la resistencia que le oponian los Mejicanos, y se vió obligado á retroceder. Cortés entró á la ciudad y se ocupó de reparar los pasos difíciles, faltándole solo una trinchera para entrar á la plaza del mercado; al fin se posesionó de estos dos puntos, reuniéndose con esto sus tropas á las de Alvarado. Entró pues Cortés, á aquella gran plaza, y encontró á la gente alojada en los pórticos, por haber sido destruidas todas las casas del barrio. Mandó pegar fuego á las altas y hermosas torres de aquel edificio, en cuyo templo se adoraba el ídolo del Dios de la guerra. Suspendió por ese dia las hostilidades, y mandó hacer proposiciones á los sitiados, quienes respondieron, que mientras quedase un Mejicano con vida, defenderia la patria hasta morir.

A los pocos dias entró de nuevo Cortés á Méjico, y ha-

lló infinidad de hombres, mujeres y niños, débiles, macilentos y casi muribundos de hambre, pues por la carencia de víveres, se vieron precisados á comer yerbas, raíses, insectos y las cortezas de los árboles.

Sin embrgo de toda esta clase de sufrimientos, los Mejicanos no cedian, y entónces el general Español dió órden á Alvarado, que atacase una gran calle, formada por mas de mil casas, mientras él atacaba por otro punto. Dicen los historiadores que fué tan grande el extrago que sufrieron los sitiados, que entre muertos y prisioneros perdieron mas de doce mil hombres, pues los aliados se cebaban en sus víctimas, sin consideracion ninguna á edad ni sexo.

Aunque el pueblo ya estaba cansado de tan horribles fatigas y sufrimientos, no se doblegaba, y solo deseaba la muerte como el único recurso que pusiera fin á su tremenda y angustiosa situacion, sostenida exclusivamente por un exceso de patriotismo digno de mejor éxito; el heroísmo de los sitiados llegó hasta la sublimidad, pues no obstante de que les faltaban fuerzas físicas para pelear, por el desfallecimiento que el hambre les causaba, no cesaban de hostilizar á sus enemigos, que en cada encuentro se presentaban con mayor número de tropas. Cortés, por momentos esperaba la rendicion de los Mejicanos, y para conseguirla, constantemente enviaba mensajeros, y aun llegó á estipularse una conferencia con Quauhtemotzin, la cual siempre rehusó este valeroso é indomable rey.

Durante tres dias, hubo negociaciones y suspension de hostilidades; pero no adelantándose nada por este medio, Cortés reunió á todas sus tropas, que ascendian á mas de ciento cincuenta mil hombres, y atacó unos fosos y trincheras, que eran los últimos puntos de defenza que quedaban á los Mejicanos. Fué tal la carnicería y los males que ocasionaron las fuerzas de los sitiadores, que dá horror mencionarlos; pero baste saber que las calles de la ciudad, quedaron cubiertas de cadáveres, y el agua de los fosos y canales, teñida de sangre, pues más de cuarenta mil personas quedaron muertas y prisioneras.

La fetidez de tanto cadáver insepulto, obligó á los sitiadores á retirarse por el momento, pero al dia siguiente dieron otro asalto á Tlatelolco, con todo el ejército, recomendando Cortés hicieran todo esfuerzo para apoderarse del rey Quauhtemotzin, por creer que con esto solo cesaria la guerra; y á la vez enviaba otros emisarios para que propusiesen al rey, no se obstinase en una resistencia que no tenia esperanza de buen éxito, y que acarreaba tantos desastres y desventuras á los Mejicanos; no tardaron en volver los enviados, acompañados de Cihuacoatl, Supremo Magistrado de la Corte. Cortés lo recibió con demostraciones de honor y amistad; mas él con una magestad, en la que queria revelar cuán superior era á todas las penalidades humanas, le dijo: «Ahorraos el trabajo de solicitar una conferencia con mi rey y señor Quauhtemotzin, el cual está resuelto á morir, ántes que ponerse en vuestra presencia. Adoptad las medidas que mas os convengan, y poned en ejecucion vuestros designios.» Cortés contestó: que fuese á preparar el ánimo de sus compatriotas, pues muy breve debiera morir.

Los nobles y los militares que habian adoptado la idea de defenderse hasta el último aliento, ocuparon las azoteas de las casas y algunas calzadas, pero el ímpetu y número

de los sitiadores, y el desfallecimiento de los sitiados, hizo que fuesen estos últimos arroyados. Los principales habian dispuesto algunas barcas para escaparse en ellas en un último trance, pero Cortés dió órden á Sandoval, para que se apoderase con los bergantines del puesto de Tlatelolco, y evitar la salida de cualquiera barca. No obstante esta precaucion de los sitiadores, muchas barcas se escaparon y entre ellas, la que llevaba á las personas reales. Luego que Cortés tuvo noticia de esto, ordenó á García de Holguin, capitan del bergantin más veloz, que les alcanzase, como en efecto lo verificó. En una de las piraguas iban Quauhtemotzin, la reina Tehuichpotzin, su esposa, Coanacotzin, rey de Colhuacan, el de Tlacopan, Tetlepanquetzaltzin y otros personajes. Abordó el bergantin, y el rey de Méjico, adelantándose hácia los Españoles, dijo al capitan: "Soy vuestro prisionero, y no os pido otra gracia, sino que trateis á la reina mi esposa, y á sus damas, con el respeto que se debe á su sexo, y á su condicion," y presentando la mano á la reina, pasó con ella al bergantin.

Al observar que Holguin veía con desconfianza á las otras barcas; tranquilizaos, le dijo, pues todos los Mejicanos, al saber que su rey está prisionero, vendrán gustosos á morir á su lado.

Fueron conducidos los prisioneros á la presencia de Cortés, y Quauhtemotzin le dijo con dignidad: "Valiente general, he hecho en mi defenza y en la de mis súbditos, cuánto exigian de mí el honor, mi corona y el amor de mis pueblos; pero los Dioses han sido contrarios á mi resolucion, y ahora me veo sin corona y sin libertad. Soy vuestro prisionero; disponed como gusteis de mi persona," y

poniendo la mano en un puñal que Cortés llevaba al cinto: "quitadme, añadió, la vida con este puñal, ya que no he sabido perderla en defenza de mi reino." Cortés le manifestó que no era prisionero suyo, sino del rey de España, y le ofreció interceder por su libertad y porque recobrara el trono.

Quauhtemotzin pidió al general Español, que no se hiciese mas daño á sus súbditos.

Las casas, las calles, los fosos y en general toda la ciudad, estaba cubierta de cadáveres, que despedian gran fetidez por su descomposicion. Cortés mandó sepultar los cadáveres.

Esparcida por todo el país la noticia de la toma de la capital, prestaron á Cortés obediencia las provincias del imperio, aunque no faltaron algunas, que por espacio de dos años, hicieron la guerra á los Españoles.

Los aliados volvieron á sus casas satisfechos de haber contribuido eficaz y principalmente á la destruccion de una Corte cuyo dominio no quisieron soportar, sin considerar que ellos mismos forjaban las cadenas que los aprisionarian, y que solo debian esperar la esclavitud y el envilecimiento.

La conquista de la ciudad tuvo lugar el 13 de Agosto de 1521, ciento noventá y seis años despues de fundada por los Aztecas.

El rey de Méjico, no obstante las halagadoras promesas de Cortés, fué puesto en la tortura, que soportó con inimitable é invicta heroicidad obligandolo á revelar dónde se

hallaban ocultas las inmensas riquezas de la Corte y de los Templos; y á los tres años fué ahorcado junto con los reyes de Tezcuco y de Tlacopan, á consecuencia de haberlos denunciado de que intentaban una conspiracion para matar á Cortés y á los Españoles y recobrar el reino.

FIN.

EPILOGO.

Al compendiar la historia antigua de Méjico, no he hecho otra cosa que consultar á los historiadores, y tomar las relaciones que me han parecido mas imparciales y que tienen probabilidad de ser ciertas, ó cuando ménos de acercarse á la verdad. Todos los que se han ocupado de los Mejicanos en sus primitivos tiempos, han tomado datos en unos casos, de noticias de personas que fueron actores en la conquista emprendida por Cortés, y que por mucha imparcialidad que se les suponga, siempre adolecen del afecto ó inclinacion natural que tenian por su nacion, y del imprescindible espíritu de referir los sucesos con coloridos favorables á la causa que se defiende; otros, ateniéndose á la tradicion y á las pocas pinturas que salvaron del incendio y de la destruccion originada por una guerra de la naturaleza de la que tuvieron que sostener los conquistados, describen los hechos las mas veces desfigurados, dando acaso interpretaciones falzas á esas mismas pinturas y